



SUMARIO

CARAS BONITAS

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
- CÉSAR JALÓN
La tarjeta de visita.
- PIERRE BOTTIER
En un vagón.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- J. PÉREZ RAMÍREZ
La más feliz hora de amor.
- FERNANDO LUQUE
Lo que ellas dicen que van á decir.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
Mis cuplés: ¡Ay, amor!...
- JOSÉ SAN GERMAN OCAÑA
«Mamá Rocio».
- LUIS ESTESO
Chascarrillos y epigramas.
- M.-S., TINO, MATEOS, A. C.,
CHER y MENOR.

Varios dibujos y retratos de «La Española» y de José San Germán Ocaña.



"LA ESPAÑOLA."

Popularísima artista de «variétés» que ha realizado una brillante «tourné» por las Islas Marianas, que no son precisamente las «marianas» que destroza la camelográfica niña «Argentinita».

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

La ley es ley para todos.

DESPUÉS de aquella violenta campaña de la Liga Antipornográfica, cuyos miembros caducos fueron impotentes con la sana alegría, quizá ligeramente picaresca, de nuestro pueblo, hoy, y quien dice hoy dice hace unos días, el Consejo Superior de Protección á la Infancia solicita del director general de Seguridad, el simpático y afable D. Ramón, que prohíba á los vendedores de periódicos exhibir en sus puestos «el creciente número de publicaciones llamadas sicilípticas». Pero, en realidad, ¿son tantas las publicaciones por el estilo? No; hay, sin embargo, quien nada menos llama «ola» á las dos ó tres revistas algo subidas de tono que actualmente se publican, y que por lo general, suelen tener al protestante de asi duo lector.

Al escribir sobre este asunto, no tememos parecer sospechosos. Nunca las páginas de nuestra revista se mancharon con las groserías pornográficas. Cultivamos, eso sí, la literatura galante, y como por algo nacimos donde Quevedo floreció, alguna vez, de una manera inconsciente, el chiste pícaro fué pluma abajo; pero, al aparecer impreso, no suscitó nunca el gruñido del «cochon que sommeil», sino la sonrisa que más de una vez se dibujó en nuestros labios al leer los donaires de «El Decamerón» ó las agudezas de Pablos. En fin, confiamos en que el buen sentido del árbitro de nuestra seguridad deje contentos á los solicitantes, sin perjudicar por eso á ciertas publicaciones, que sólo anhelan desarregar el fruncido entrecejo que las tres cuartas partes de los españoles contraen ante las calamidades públicas.

A nosotros nos parece muy bien cuanto se haga en pro de «la salud moral de los niños y de los jóvenes», y si en efecto algún periódico se mermite en sus portadas licencias pecaminosas, bien que se retire de la vista del público, y, sobre todo, del público juvenil; y puestos ya a retirar exhibiciones malsanas en ese sentido, nosotros abogamos, y si preciso fuera oficiaremos á quien corresponda, para que se cierren los escaparates de las modernas corseterías ó se prohíba lo que hasta ahora viene siendo consentido por todos.

Antes, cuando nuestros papás eran unos «pollitos», el corsetero ó corsetera que deseaba mostrar sus géneros colocaba un corsé ciñendo á unas ballenas, y en paz. Luego, empezaron ya a construir unos remedos de bustos de mujer fo-

LO QUE SE OYE EN MADRID



—¡Se lo pido á ustedes con mucha necesidad!

rrados de raso blanco-leche, y ahora, ¡oh, escándalo!, no se conforman con menos de colocar una figura femenina de tamaño natural y revestida con la

REFLEXIONES



—¿Por qué me dirá Arturito que tenzo la boca tan fresca que todas las noches se constipa?

ropa suficiente para que, sin hacer un prodigio de imaginación, pueda uno determinar las partes sensibles del figurín, que será de cera, no lo dudo, pero que en las ardientes imaginaciones juveniles puede hacerse carne, originando inquietudes, desvelos y ojeras que, no ya á la salud moral, sino a la física, perjudiquen.

¡Hay que fijarse en las ideas que puede sugerir en un instante dado uno de esos monigotes! Y si este fuera un país verdaderamente serio y moral, habría de llevarse la prohibición en los escaparates de las tiendas de seda, donde aparecen esas pantorillas tan admirablemente moldeadas y ceñidas por una tentadora media calada, de esas que llegan hasta la mitad del mus-

lo; ¡y no digo nada las ligas! ¿Puede darse algo más incitante que esas ligas encarnadas, azules, amarillas ó blancas, que, fanfarronamente, se muestran en los escaparates de las mercerías? Nada, nada; la restricción á la orden del día, y que no se queje ninguno de esos melenudos de la caja de pinturas bajo el brazo si mañana se retira del Museo del Prado la maja de Goya ó alguna desnudez del Tiziano; que son muchos los niños que van á los Museos, y todas esas desnudeces son contraproducentes. Moralidad,

LOS PIROPOS DE «EL LIBERAL»



Él.—¡Dígale usted á su madre que no retire el molde!...

moralidad...; y al que se resista, ya le dirá D. Ramón Méndez Alanís alguna cosa buena.

VICENTE VEGA.

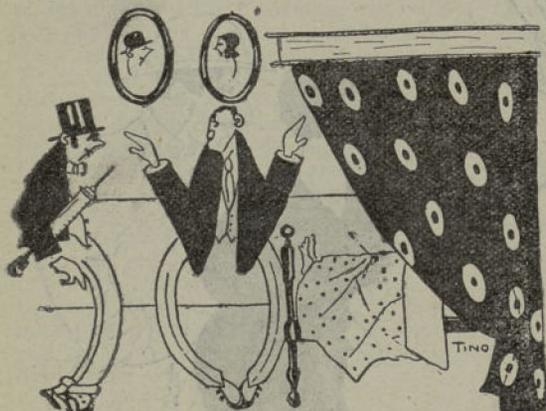
LA TARJETA DE VISITA

— ¡Bello! ¡Bello!

El guardia 415 no pudo disimular su indecisión, y me miró, boquiabierto, á dos dedos de mis narices, sin saber qué partido tomar. Cierto que se había prohibido el piropo á la mujer; pero, en cuanto al piropo á los hombres, el alcalde, más tolerante ó menos severo, nada había decretado.

Volví á gritar con toda la fuerza de mis pulmones hasta obtener el «lá»

EL OJO CLÍNICO DE AGRE



- Señor Agre: ya no hace usted falta.
- ¿Está fuera de peligro?
- Completamente fuera.
- Pero fué, como yo dije, un miserere, ¿verdad?
- No, señor: ha sido una hija.

sobreagudo, ajeno al efecto que en este callado público madrileño producen semejantes estridencias y ni más ni menos que si en vez de encontrarme frente á la «Maison Dorée», en plena calle de Alcalá, me hubiese hallado á cuatro pasos del Casino Labrador, en el propio puente de la plaza de mi pueblo, donde creo que una noche, perdurable en la memoria de mis paisanos, asesinaron al juez y al alcalde á trabucazos.

Como una exhalación, filtrando mi desmedrado cuerpecillo por entre los huecos inverosímiles que entre transeunte y transeunte ofrecían en la

açera abarrotada de gente un resquicio abierto no más que para el aire, gané la esquina de Cedaceros, dejando tras de mí un reguero de blasfemias y maldiciones que los atropellados lanzaban al aire ante la imposibilidad material de darme alcance, en cuyo caso me hubiesen dado algo más.

Dígallo, si no, aquel ciudadano adiposo, propietario del opulento abdomen á do penetró como una saeta la incisiva prominencia de mi codo.

— ¡Está loco el «paletto!»—oí decir entre mil apóstrofes zahirientes para mi porte pueblerino, más pueblerino aún durante aquella carrera con «obstáculos» humanos.

¡Paletto! Bien; que lo fuese. Pero no perdería la oportunidad de saludar á mi antiguo camarada de colegio, á quien jugué una mala pasada en Burdeos, pero tan «pasada» que la fecha databa de quince años atrás...

Aún vociferé de nuevo antes de alcanzarle. Y esta vez con más fuerza ó, por lo menos, con mejor éxito de pentagrama. ¡El «do» de pecho!

— ¡Bellooooo!...

— ¡Dedíquese usted á vender melones!—rezongó á mi lado una camarera del Salón Madrid que no debía ser lega en la venta ambulante de vegetales.

— ¡Granuja! ¡No te había conocido!—exclamó Leopoldo. Bello, á tiempo que me abrazaba con una efusividad que no debió agradecer tanto como yo mi almidonado cuello

de pajarita.

Después, se hizo entre nosotros un silencio. No acertó él á preguntarme lo que tampoco acertaba yo á decir anticipándome á la pregunta, y que era, poco más ó menos (mejor, «más»), lo que voy á relatar á ustedes...



Corría el año 94. Mis padres, desengañados por mis ruidosos fracasos en el Bachillerato, del que no pude aprobar un solo curso, decidieron enviarme á Burdeos, con el absurdo propósito, hoy muy en boga, de que aprendiese allí en francés lo que en el Insti-

tuto de mi provincia no logré aprender en castellano.

A los ocho meses de mi permanencia en un colegio de religiosos de Burdeos, me encontraba ayuno del idioma de Molière, del que apenas sabía las cuatro ó cinco frases de cortesía que constituyen el bagaje lingüístico de nuestros ministros de Estado.

Pero si ignoraba el francés, en cambio «sabía latín», de cuya enseñanza habíase encargado con más que regular éxito un compatriota mío que también cumplía «condena» familiar en aquel colegio, y con el que trabé estrecha amistad á pesar de que casi me doblaba los años.

Leopoldo Bello llevaba cuatro en Burdeos. Una maldita lección, «Las gemmulas y las plastidulas», detuvo su último curso del Bachillerato, y ni un solo año dejaba de aparecer en los exámenes de Psicología la boleta correspondiente á la malhadada lección, sometida por parte de Bello á un «boy-cot» inquebrantable.

Bello, incapaz de decir de carrerilla los metales y metaloides, enumeraba con escrupulosa prolijidad que para sí quisieran los Anuarios de Comercio y las Guías de la Ciudad; enumeraba, repito, los establecimientos alcohólicos y los templos en que se ofrendaba á Venus, sin omitir uno, desde la Avenida de Tourny, el intendente de la antigua Guyena, hasta el más apartado rincón de los suburbios.

Se contaba de Bello, y á fe que no era incierto el cuento, que al examinarse de Historia Natural, no sabiendo por dónde empezar una escala zoológica, espetó al respetable tribunal la interminable lista de las seis clases de vinos de Burdeos, comenzando por Medoc y siguiendo por los de Graves y Palus hasta los vinos de las tierras fuertes y de Entrambos mares.

Los miembros examinadores debieron estremecerse ante la evocación sucesiva de los Lafitte, Lafou, Chateau-Margaux, Haut-Brion, Sauternes, Bommes, Barsac, Preignac..., etc.

Bello era, en una palabra, lo que solemos decir un «estuche», y en poco tiempo logró hacer de mí, en otra palabra, lo que se suele decir «una joya»...

Un día—fué, como luego se dirá, el último de mi estancia en el colegio—,

Bello se acercó á mí en el patio, á la hora del recreo.

Su familia, más pródiga que la mía —la mía no adoleció jamás de ese defecto—, habíale remitido hasta una centena de francos para que celebrase su fiesta onomástica. En pocas palabras, convinimos fugarnos aquella noche y pernoctar en un baile de máscara, donde Bello no era ningún advenedizo y sí punto fuerte, mimado de las hembras y temido de los «marcrós».

Nuestros primeros pasos después de la fuga, que se realizó felizmente,

EN LA BARBERÍA



El parroquiano —Pues iba yo con una mujer...

El barbero —¡Fria ó caliente?...

El parroquiano —Templa la.

El barbero —¡Chico, templadal!

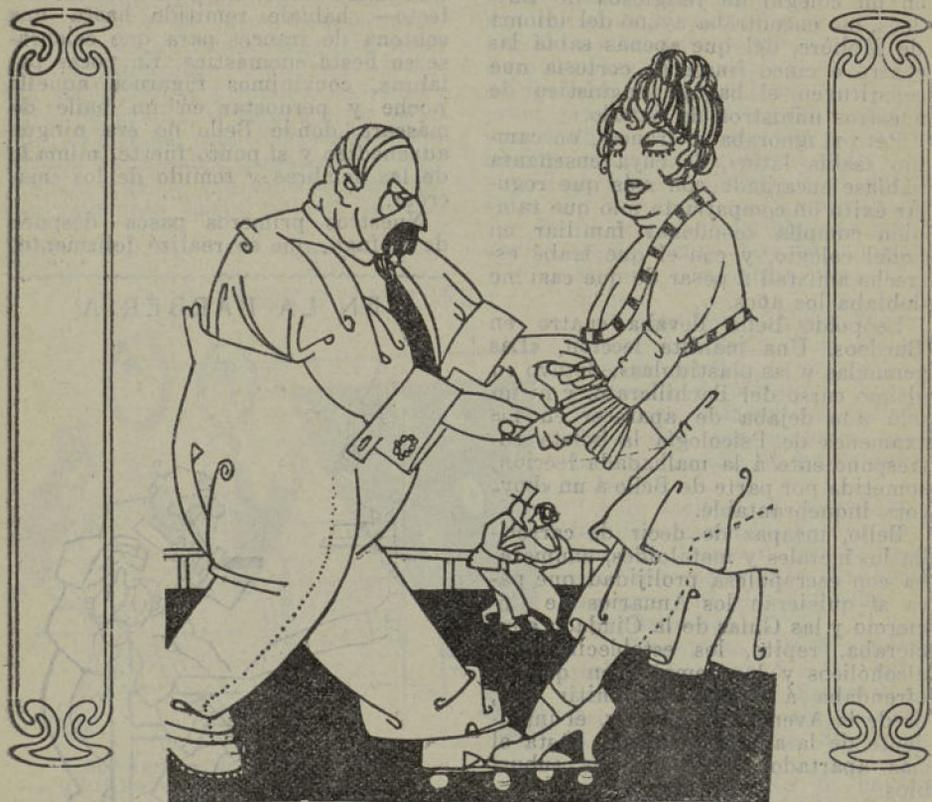
fueron hacia un «restaurant» en el que Leopoldo dilapidó la cuarta parte de su caudal.

Recuerdo que apenas cené: la impresión de las suntuosas calles de Burdeos, que yo desconocía, y, sobre todo, la perspectiva de un baile con mujeres—no como los que por la fiesta del patrón daban sólo para hombres en el colegio—absorbían toda la atención de mi espíritu y aun de mi estómago.

No cené, y eso que, pensándolo bien,

LO QUE ELLAS QUIEREN

=clber=



El.—Pero ¿tanto te aburre patinar conmigo?

Ella.—Me aburro, sí, porque no nos caemos ni una sola vez...

nada más acertado que una buena cena cuando, después de ocho meses de reclusión monacal, va uno á mover su cuerpo en un baile de mujeres.

Mi entrada en el baile fué poco menos que triunfal. Mi cara lampiña excitó la codicia de aquellas elegantes bacanales, que, al fijar en mí sus ojos, arrancaban chispas de mis mejillas, á modo de las piedras explosivas puestas por los pirotécnicos en manos de la chiquillería contemporánea, para molestia del viandante.

Todas tuteaban á Leopoldo, procurando aludir á ciertas intimidades escandalosas, que mi amigo escuchaba

con deleite sintiéndose halagado en su amor propio de juerguista y calavera.

Tocaba á su término el baile, ó, por mejor decir, tocaba la música á su término, y Bello, cediendo á instancias mías, me presentó al bastonero, á quien dijo en correcto castellano:

—Es un paisano muy joven, como ves, y que me ha sido encomendado. Sentiría, por tanto, que le ocurriese algo. Búscales una señorita de confianza, porque como ya te he dicho que es muy joven, no sabe ir solo á casa, y yo no puedo acompañarle...

Mi linda compañera dormía; sus ojos, entornados, y desgreñada la hermosa cabellera de oro sobre la nivea blancura de la almohada.

La luz del día entraba hasta la alcoba, realzando las fimbrias de encajes de los regios cortinones, arrancando destellos á la riquísima madera de los muebles. Las alfombras se hundían lo menos media vara.

¡Debía ser carísima aquella habitación!

Y en cuanto al capital con que hacer frente al conflicto, que me ahorcasen si había más de dos francos, porque Bello atendió tan sólo á presentarme al bastonero, y éste, á su vez, á mi noctámbula compañera...

La situación era muy comprometida. Se imponía otra fuga, no tan fácil como la del colegio. Y puse manos á la obra.

Para cerciorarme del sueño de la francesita (no sabía yo cómo se dormía en francés), estampé un beso en su mejilla. Fué aquel un beso cínico y canalla, de cuya cobardía me avergüenzo hoy. La cara, de nácar y oro, permameció insensible. Ni un músculo se movió al contacto de mis labios.

Me deslicé sigilosamente de la cama y metí los pies desnudos en los zapatos con un exquisito desdén para mis calcetines. El frío se adentró por la planta de los pies hasta la medula... Evitando el menor rozamiento del tejido, conseguí ponerme el pantalón. Después, el sombrero. Y, en último término, el gabán, bajo el cual oculté «arrellados» la americana y el chaleco en mi afán de ganar tiempo.

Antes de partir, dejé sobre la mesilla de noche una tarjeta de Leopoldo Bello con las señas del colegio.

Y avancé hacia la puerta. El corazón se me saltaba del pecho. El brusco crujir del «sommier» me petrificó en el quicio.

La hermosa rubia, incorporándose en el lecho, inquirió dulcemente:

—¿Où vas tu, mon petit?

¿Que adónde iba? Sentí que las prendas ocultas debajo de mi abrigo escapaban de mi mano, é instintivamente me llevé al vientre la mano libre para sujetarlas.

Mi cándida compañera vió en este ademán la contestación, y, tranquilizada por completo, añadió:

—¿Au cabinet!...

—¡Oui, au cabinet!—repliqué viendo que el cielo se me abría de par en par y haciendo otro tanto con la puerta...

De tres en tres bajé las escaleras, y di con mi cuerpo en las calles de Burdeos.

En el paseo de Los Quincoces, desde el que se domina el puerto, acabé de vestirme tranquilamente. Luego, contemplé largo rato las aguas del Garona, que, á favor de la marea baja, iban á dar en el Atlántico...

Y decidí no volver al colegio, donde tal vez á aquella misma hora recibía Bello la visita de la hermosa rubia...



Bello se alegró mucho de mi encuentro en la calle de Cedaceros, y me citó para almorzar juntos uno de estos días; pero me dictó su domicilio para que lo anotase donde yo tuviese á bien.

Bello no me vuelve á dar más su tarjeta de visita...

CÉSAR JALON.

DE LECTURA



—¡Oh, qué libro! Hay páginas que no deberían acabarse...

—¿Pero ahora se llaman páginas?

DEL CERCAJO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

En un vagón.

Don Juan Tenorio, al lado de Pepito Cabañes García, era un sombrero sin cinta; algo así como un bastón sin contera ó una mujer chata.

Pepito Cabañes, modelo de conquistadores, gallito callejero, usaba unas palabritas más atrevidas que una gan-zúa en manos de un caco. Su historial era un tomo de quinientas páginas en cuarto mayor, y los nombres de sus conquistas parecían un anuario sin direcciones.

Mujer vista por sus pupilas atrayen-

¡SIN DISPARAR UN TIRO!



—He desp. dido las camareras; y, en efecto, ya no hay puñaladas ni tiro; pero con vosotros tampoco puede «tirar» el establecimiento un día más...

tes, mujer que sentía el cosquillear del corazón y los vapores embriagadores del amor.

Se le conocía, se le admiraba y hasta se le temía.

Fueron tantas y tales sus hazafías, que ciertos maridos celosos acordaron fundar una sociedad defensora de sus derechos conyugales y pedir al Gobierno que se le deportase á la Zululandia ó al Congo por peligroso para las sanas costumbres de una sociedad civilizada.

Fué el terror de Madrid, el árbitro de los Tenorios, el «factotum» de todas las galanterías, el rey de los atrevimientos. Y de este hombre sin entrañas se enamoró una mujer. Pero una mujer bonita, castiza, sabía en lances de amor, ducha en todos los peligrosos terrenos de la pasión. Y se insinuó.

El Tenorio del cuento, ó sea nuestro buen Pepito, con un ¡ah!, que quería decir «pan comido», se aprestó á la batalla, que creía una cuestión de palabras y resultó más empeñada que la gran guerra europea. La niña, que, como ya hemos dicho, sabía la mar de estas cosas, y que soñaba con encadenar para siempre en sus lindos brazos al terrible engañador, se resistió con cenuedo, y el hombre, que ya había anunciado su nueva conquista y hasta había inscripto su nombre en las largas listas de su anuario, no se resignaba á un fracaso. Y como para los grandes casos son las fuertes resoluciones, nuestro hombre pensó que sólo una solución tenía el caso: el matrimonio. Y dicho y hecho: Pepito se casó.

Como nada es perpetuo en el mundo del amor, y menos la felicidad, Pepito, que saboreó durante algún tiempo las mieles de su última conquista, harto ya de tanto dulce, decidió acabar con el atracón y con su esclavitud, que, por grata que fuera, para su espíritu aventurero y galante era ominosa.

Y una noche, Pepito huyó del lecho conyugal como un bandido, por una ventana, y corrió á la estación del ferrocarril, dispuesto á poner unos cientos de kilómetros entre aquellos dos cuerpos que se quisieron tanto. En la estación hubo de esperar unas horas la llegada del tren, y, aburrido, apuraba cigarrillo tras cigarrillo, cuando tuvo la grata sorpresa de una compañía.

Faltaban pocos minutos para la hora

oficial de salida, cuando una dama embozada se acercó á la taquilla, tomó un billete y se puso á su lado. Era una real hembra, firme, fuerte, de soberbias caderas, que proclamaban la grandiosidad del amor. Pero llevaba oculto el rostro. Pepito sintió una curiosidad insana, un deseo feroz de saber quién era aquella mujer. Pero se quedó con los deseos. No así sin dar forma á su idea: acompañarla durante el trayecto; y lo hizo. Ya en el tren los dos solos, Pepito, con aquella irresistible habilidad, comenzó el ataque. Primero una frase; luego, una mirada; luego, un rozamiento impensado de rodillas, y, al fin, en un túnel, contestando á su temblor de ella, un abrazo..., y, al fin... lo inevitable.

Corría el tren. Los dos amantes suspiraban. Pepito luchaba con la desconocida, jurándola con el alma que era la única mujer adorable que conoció en su vida, de cuerpo, de alma y de espíritu; pero suplicaba que se descubriera. Y la mujer, condescendiente con todos sus encantos y sus gracias, se negaba á la razonada petición de su atrevido amador.

Siguió el tren su marcha; continuaron las confidencias de los amantes, y, ya próximos á Madrid, Pepito no se resignaba á terminar la aventura sin ver el rostro de su primera conquista de su segunda serie. Y en un atrevimiento y en un choque con motivo de una curva, Pepito arrancó el velo á a desconocida... Y dió un grito... ¡Era su suegra!...

Su suegra, que, conocedora de la historia galante de su yerno y sabiendo su huida, había sentido la pecadora tentación de conquistarlo.

PIERRE BOTTIER.



CANTARES BATURROS

De «centurón pué servite»
la sortija de tu dedo.
No te quiebras, porque Dios
te puso un alma de acero.

Me «paice mu» poca cosa
un burro «pa» ir tú á caballo.

Por lo «güena» moza que eres,
ya «necesitas» un macho.

Dicen que las penas son
como las olas del mar:
vienen y van, van y vienen;
¡pero vienen más qué van!

Es esta calle la calle
mas «oscurica» del barrio;
pero hay chicas carifosas
que alumbran de vez en cuando.

Detrás de un escaparate
te vi anoche con tu prima;
en él había un letrero:
«Chalecos de «fantasia».

Te vi una vez en la «ilesia»;
doscientas, en el balcón;
cuatrocientas, en la calle...
¡No veo la proporción!

LUIS SANZ FERRER.

PIROPOS Á GRANEL

TIND



—Sí que se nota la prohibición. Me han
«echao» más de veinte. Y á ti, guántos te han
«echao»? —

—Chica, no lo sé, porque el que se acerca
á mí nunca se conforma con uno.

La mas feliz hora de amor

POR una encuesta confidencial que varios camaradas hicimos, una noche de café, sobre cuál había sido acaso nuestra más feliz hora de amor, nos enteramos todos de cosas muy curiosas.

Don Manolito, aquel hombre grave que no se reía nunca mas que anteriormente ó, á lo sumo, detrás de las barbas y las gafas, nos contó que él tuvo su hora de amor más cabal en unión de una de Barcelona, pagada como á primeriza y que luego resultó con diez años de usada.

Y López, con una novia gordísima, sobre mullida escalera de caracol.

Y, á los cuatro meses de casado. ,

Fernandito Conde, con una criada preciosa.

Y Luciano, en un bote y lloviendo, deliciosamente acompañado de su cuñada.

Y Valero Gálvez, cierta noche de Carnaval, con una que no consintió absolutamente en despojarse de la careta, ni para enjuagarse la cosa.

Pepe Balcázar contó su caso, nada extraordinario en verdad, pero que á mí me quiso parecer interesante.

Habla él mismo:

Cuando yo terminé, por fin, mi carrera, me enviaron mis padres á pszar una temporada en la hacienda que unos títos poseían en el término de Baeza, y allí fui, no de buen ánimo, porque Juanita y Lulú y Pepita me habían sorbido el seso más que los estudios. Cada curso, yo tenía nuevas asignaturas y nuevas amantes; amantes para todos mis gustos, entre las cuales hubiera querido contar á cierta Luisita, quien me dió dos calabazas, una por sus manos y otra por manos del profesor de Trigonometría.

Como yo había caído en la costumbre de perder por cada una de mis novias las ganas de comer y de estudiar, aquella mujer me hizo olvidar realmente el apetito y la aplicación; y los desvelos de Mayo no lograron enmendar los desvelos amorosos aquella vez.

Yo creo que mi hora más feliz me la hubiese proporcionado ella, sólo con una sola mirada, porque Luisita era mi única felicidad. Pero, en fin, ya está muerta la pobre...

Marché á Baeza, después de besar, una por una, á mis anadas, y no recuerdo otros días más aburridos que aquellos que pasé en la hacienda de mis parientes: en la era, cazando por el monte, en la era y cazando.

Un sombrerón de palmas, fuera de moda, me libraba como un techo del implacable sol, y un perro lebrél, bastante inteligente, haciame tácito los honores de la hospitalidad.

En mi vida he matado más

DEL «HOTEL-PALACE»



Así debutan las artistas en el Palace; pero, luego, Juan Rana las «afina» mucho (las afina de carnes), y hay que verlas cómo acaban..

conejos, yo, que no soy capaz de matar á nadie.

¡Cuánto me acordaba de Juanita, de Lulú, de Pepita...! En el azul del cielo veía los claros ojos de ésta; en el murmurio de un manantial oía la risa fresca de Lulú; en las varas de las adelfas adivinaba el talle de Juanita; pero todo esto no era suficiente, y el leblre, testigo mudo, aprendió bien cómo suspira un hombre.

Servía en casa de mis tíos una moza fea, como pegarle á un padre, y bestia. Se reía lo mismo que una potranca y enarbolaba unos brazos como piernas. Sus ojos eran grandes, pero inexpressivos, ojos de borrega, que me solían mirar bonachones, y desde un principio yo notaba en esta borrica demasiada complacencia en el arreglo de la cama y de los demás enseres de mi cuarto.

A mí me asqueaba un tanto la moza, naturalmente.

Pero un mediodía, en que descansaba mi aburrida persona de los divertidos ojos de caza, saboreando la gustosa sombra de unas zarzas silvestres, cuajadas de negras moras, he aquí que se me presentó la chavala llevando una cabra del ronzal.

Inesperada, oportuna aparición. A mí me pareció «Esmeralda». Un hada joven y bella no me hubiese sorprendido tal vez más donosamente.

Se me antojó que sus miradas eran sugestivas como algo celestial; sus carnes tenían suavidades no sospechadas; y, con furia locamente animal, aspiramos el hálito fuerte de la vida, bajo el dosel protector de las zarzas espesas.

Fué, y acaso será, mi hora más dichosa; no la olvidaré jamás. Y confieso que, con la misma mozuela, ya no me fueron tan lucias otras horas subsiguientes, mientras duró mi estancia en la propiedad de los tíos.

Cien veces me pregunté: ¿Fué posible mi mayor y más viva ilusión, la más delicada efectivamente, aquella ilusión con aquella mocetona tan



Agencia de periódicos de nuestros corresponsales en Melilla Boix y Hermanos.

fea y tan bestia, perfumada de ajos, como Maritornes?

Volví á Madrid, mi Madrid, y aquella moza, que ambicionaba siempre trasladarse á vivir en una capital, solicitaba al poco tiempo de esto entrar á servir, sin condiciones y recomendada por mis tíos, en la propia casa de mis padres, en mi casa.

Y vino la fámula á Madrid para servirnos.

¿Creéis que reanudamos entonces aquel amor? ¡Ca! Me daba un asco irresistible.

Con aquella peonza sonó mi más cumplida hora de amor, la más feliz...; pero yo me acogí por entero á los brazos rosados de Juanita, de Lulú y de Pepita...

No tenía nada de extraordinario el caso de Pepe Balcázar, y á mí me quiso parecer algo interesante.

Todo en este mundo es según...

J. PEREZ-RAMIREZ.

GUASA CRÓNICA

Lo que ellas dicen que van á decir

(Un taller de modistas modestas, pero guapetonas. Hay tres y un anteproyecto. El anteproyecto es la aprendiz. La maestra acaba de pasar al saloncito de pruebas.)

La rubia.—Lo que os decía, chicas: ¡ha estado bueno «El Liberal»!

La morena.—Un mucho. Como que tié más razón que un santo. Porque es lo que él dice: había tños que abrían la boca y t'hacían una contusión; pero, sin embargo, otros decían verdaderas preciosidades y con más sal que dos duros de mojama.

La castaña (asada de exaltación).—¡Vaya que sí! Eso de prohibir el piropeo es una «bitriabarbaridaz», como dice mi padre.

UN «SCHOOT»

=CLER=



—¡Anda, la osal! Acabo de ver las siete cabrillas!...
—No te la dejes ir, pues, y las llevaremos á Vizcaya.

La aprendiz.—En cuanto me encuentre yo al alcalde por la acera, le doy con la caja en el estómago.

La rubia.—Pero ¿á ti también te echaban piropos?

La aprendiz.—¡Anda! ¡Un preción! Sobre todo, á las piernas. Últimamente, un pollo que parecía poeta me las llamó cornucopias.

(Conato de juerguecita. Ríen por unanimidad. La castaña abre tal boca que parece que va á tragarse la labor, por no hacerla.)

La morena.—Pues, oye, peque: si te tropiezas con ese caballero, no le insultes: échale una flor, que le molestará más.

La rubia.—¡Qué duda coge!... Anda, y eso es lo que debiéramos hacer ahora las mujeres.

La castaña.—¡Piropear al alcalde!

La rubia.—No: á todo el que se nos pusiera por delante y nos hiciera «tipitopo».

La morena.—¡Y que lo haríamos poquito bien!

La castaña.—¡No que no! Con las ganas que á veces se le pasan á una de expresarse. Mirar (señalando á un pollo que hay en la calle, parado junto á un farol). ¡Veis aquel bajito, de pelo azafraño? Bueno: pues á ese le diría yo: «Joven: de ese pelo de consumé que usted tiene, me hacía yo una taza.»

La aprendiz.—¡Anda, mi madre!

La morena.—No está mal; pero yo le diría otra cosa; yo me ponía postinera, me acercaba á él y le soltaba esto muy despacio: «A esa señorita regordeta que usted aguarda la va á dar esta servidora un recaon en las narices.»

La aprendiz.—¡Anda, mi madre!

La rubia.—¡Echa chulería! Eso no está bien.

La morena.—Pues ¿qué le ibas tú á decir?

La rubia.—¡Yo? Verás: «Gallardo pollo...»

La castaña.—Si es bajito.

La rubia.—Entonces: «Gallardete pollete: si yo tuviera posibles, te ponía un chatelete.»

La morena.—¡Folletinesca!
 La aprendiz.—¡Anda, mi madre!
 La castaña.—¡Te quiés callar ya,
 niña... y dejar quieta á tu mamá?
 La aprendiz.—Es que no me gusta
 lo que decís.

La castaña.—¡De veras? Dí tu algo,
 talento de la casa.

La aprendiz.—Yo, no.

La castaña.—¡Esa qué va á decir,
 si aún va á la dotrina!...

La aprendiz.—No tié que ver; pe-
 ro yo á ese hombre no le diría nada.

La rubia.—¡Por qué?

La aprendiz (con displicencia).—
 Porque no es mi tipo.

(Escandalazo. La «peque» recibe
 una lluvia de retales y de impropie-
 rios. La castaña suelta el trapo á reir,
 metiendo más ruido que una ametra-
 lladora.. Entra la maestra.)

Telón rápido.

FERNANDO LUQUE.



MIS CUPLÉS

¡AY, AMOR!...

(Música del maestro Modesto Romero.)

I

La pastora
 Leoncilla, inocente y seductora,
 la cabeza
 perdió al ver, de un pastor, la gentileza.

Frente á frente,
 en el monte, se hallaron casualmente;
 y, aquel día,
 la falda ella subió en su compañía.

Que pecaron,
 claro está,
 pues le pesa
 mucho ya;
 y Leonor,
 al pastor,

dice así, mirando esto:

—¡Ay, amor! ¡Ay, amor!

¡Ay, amor, cómo me has puesto!

II

De Carlota,
 popular en París por lo cocota,
 los encantos
 chiflaron á Senén, como á otros tantos.

Una noche,

LA ETERNA PROPOSICIÓN



La domadora.—¡Lo ven ustedes? No hay
 animal que se me resista. Si alguno del pú-
 blico quiere subir á comprobarlo...

Senén metióla, al fin, dentro de un
 Y, hoy, se dice [coche.
 que de su amor reniega, y lo maldice;
 porque el pobre
 don Senén,
 desde entonces,
 no anda bien.
 Y al doctor,
 con dolor,
 dice así, pensando en esto:
 —¡Ay, amor! ¡Ay, amor!
 ¡Ay, amor, cómo me has puesto!

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

24-10-911.

Lea usted

“*Joselito en El Pilar*

ó

El sitio de Zaragoza.”

¡INTERESANTÍSIMO!

50 céntimos en toda España

“MAMÁ ROCIO,”

SIEN que la crítica acabase de elogiarse, muy merecidamente por cierto, la novela «La jauría del amor» José San Germán Ocaña ha avalorado la lista de sus ya numerosas producciones con otra, titulada «Mamá Rocio», y de la que elegimos al azar un capítulo como elogio mejor y más evidente de cuantos pudiésemos tributarle.

«Cuando se desvaneció en el aire la última nota de la canción, no pude contenerme, y grité, avanzando hacia el piano:

—¡Bravo, Margarita! Toca usted mejor que Leo Silka...

La muchacha dió un respingo, volvióse sobre la banqueta giratoria y me miró como sorprendida.

—¡Oh!—murmuró, bajando con rubor la cabeza—. ¡Qué susto me ha dado usted, caballero! ¡Qué atrevido!

—Perdón, Margarita, perdón mil veces. El entusiasmo es irreflexivo.



JOSÉ SAN GERMÁN OCAÑA

—¿Cómo sabe usted mi nombre?—interrogó sonriendo, ya tranquila

Es de rostro gracioso y trigueño. Los ojos, negros, pero sin misterio, y su ademán, desenvuelto, aunque estudiado con visible coquetería. Unas ojeras extrañas y una ligera floración sanguinolenta en el borde de los párpados prestan á su mirada cierto rictus de cansancio ó de anemia. Me apoderé de una de sus manos sedosas y rosadas, llenas de hoyitos. Margarita dejó sin protesta que la acariciara entre las mías. Mi incurable romanticismo se paga mucho de todas las conquistas nuevas y se desborda como una catarata.

—¡Ah, mi Margarita! Si te estey queriendo hace dos días sin que tú lo sepas—díjela, tuteándola ya y besándole la mano con vehemencia—. Has sugestionado mis sentidos con el encanto de tu arte exquisito... Ya no puedo vivir sin ti, Margarita: ó me dices que me vas á querer, ó...

Ella estaba conmovida, sin duda, porque nada decía, mirándose con atención la punta de los pies, calzados con zapatillas rojas.

De repente, hizo un mohín con la nariz, y exclamó:

—¡Uf! ¡Qué peste echa usted á polvos de yodoformo!

El que dió ahora el respingo fui yo.

—Señorita...—dije, balbuciente, en cogido—. Se ha equivocado usted. Este olor es de unas bolas para preservar la ropa de la polilla.

—¡Sí, sí! No son malas bolas las que me está usted contando. ¡A mí con esas...! ¡Usted huele á yodoformo.

—¿Y cómo sabe usted que estos polvos son de yodoformo?—pregustéle, intrigado, roto ya el encanto poético del idilio.

Margarita, entonces, se puso encarnada como una amapola. No sabía qué contestar. Al fin, dijo:

—Porque... se lo he oído decir á un huésped que es boticario.

Me disponía á responderle una nueva excusa, pero en este momento apareció doña Josefa en el comedor, con los brazos desnudos y los ojos relampagueantes de ira. Se plantó junto á la mesa, puesta en jarras, é increpó á la muchacha, medio en castellan, medio en gallego:

—Creí que hablabas con el sinver-

güenza de don Agustinito, ese mal es tudiante. Ya te he dicho que no quiero noviazgos con hombres podridos.

—¡Tía!...—se atrevió á decir la joven, avergonzada—. ¡Qué dirá este caballero?

—Este caballero sabrá dispensar—añadió, acercándose á nosotros—. Yo tengo que velar por tu honra.

Aventuré una cortesía.

—¡Oh, sí, señora, sí! ¡No faltaba otra cosa! Está usted en su casa.

DE LA VIDA



—Me voy de su casa porque la de doña Felipa está mejor amueblada.

—¡Mejor, eh? Pue. tiene unas camas en las que nadie puede dormir por lo que chillan los muelles...

Doña Josefa olfateó con recelo el sitio donde yo estaba, y prorrumpió con mayor indignación:

—¡Toma! ¡Pero si este señor apeseta lo mismo que don Agustín...! ¡Niña! ¡Largo, al gabinete! Pues, hija, sí que te salen unas proporciones de centes...

Doña Josefa se llevó á remolque á Margarita, y ambas me dejaron en el comedor corrido y boquiabierto.. >

Chascarrillos y epigramas

Profesora de piano se hizo Pura en un verano, pero no repentizaba; así es que á lo que tocaba le daba más de una mano.

Y si será Pura lista, que hoy es una pianista sin igual en sus proezas, pues si le dan veinte piezas las toca á primera vista.

LUIS ESTESO.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. D. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos-masculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgias del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjase únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjase únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid